

## Las Naciones según Isaac Asimov

Entre los libros favoritos de mi pequeña y muy querida biblioteca se encuentra, en lugar destacado, uno que contiene las *Memorias* de Isaac Asimov, una autobiografía escrita por el genial autor americano, de origen ruso, muy poco antes de su muerte en 1992. Puedo imaginar un reto casi imposible el de dar con un lector aficionado a la ciencia-ficción que no conozca y no haya leído a Asimov. Fue uno de los grandes en ese género, probablemente el más grande. Pero también fue un divulgador de conocimiento en el sentido más amplio y generoso que podamos imaginar. Asimov siempre me ha abrumado en este sentido. Era capaz de abordar de manera exhaustiva y brillante todo tipo de temas. Bioquímica, matemáticas, física, astronomía, filosofía, historia, literatura, política, y un largo etcétera, fueron disciplinas que pasaron por el filtro de la computadora humana —si se me permite el exceso— que fue Asimov, y algunos de sus trabajos divulgativos se convirtieron en manuales de consulta de gran aceptación popular.

Humanista en el mejor sentido de esta palabra —sirva como ejemplo que fue aupado a la presidencia de la Asociación Humanista Americana por la petición unánime de sus ilustres asociados, personas de la categoría de Andrei Sájarov, Erich Fromm o Carl Sagan, entre otros—, curioso por naturaleza y trabajador infatigable —con más de quinientos libros en su haber—, Isaac Asimov fue, sin temor a exagerar, la versión moderna y más aproximada del genio del Renacimiento, Leonardo da Vinci.

Pero, si hubiera que escoger, entre todos los palos que Asimov tocó, aquel en el que alcanzó las cimas más elevadas, éste fue sin duda el que ya he citado de la ciencia-ficción, un género que no es menor en literatura y en el que los autores más destacados añaden a la capacidad narrativa propia de un buen escritor otra mucho más escasa y rara, al alcance de muy pocos, que es la de ser visionarios certeros del futuro que espera al género humano. Gran parte del mundo que ahora conocemos y de los desafíos a los que hoy nos confrontamos ya fueron intuidos en las novelas de ciencia-ficción del pasado siglo. A buen seguro, también, que los retos del mundo futuro que tocará afrontar a nuestros nietos ya están siendo proyectados con bastante puntería desde la imaginación prospectiva de los actuales escritores de ciencia-ficción. Asimov dominaba esta habilidad como pocos, como el gran maestro que fue.

Dicho todo esto a modo de introducción, paso a explicar la razón por la que estoy precisamente en este momento escribiendo este artículo sobre el gran Isaac Asimov. Fue el puro azar el que me llevó hace unos días a leer un pasaje en particular de sus *Memorias*. Ya señalé antes que es uno de los libros que

siempre tengo a mano y su estructura en capítulos de apuntes autobiográficos de lo más diversos permite que sean ‘ingeridos’ en pequeñas cápsulas separadas, sin importar demasiado el orden, aunque éste es siempre aconsejable. Así pues, insisto de nuevo en que fue el azar el que quiso que, tras varios meses condenado a la cola de espera de mis lecturas paralelas, abriera esta vez el libro por el capítulo 130 —de los 166 que hay en total, sin incluir la introducción y el epílogo—, uno que lleva por título *Viajar al extranjero*. Conviene señalar que Asimov era una persona tan interesante, atípica y a veces tan poco convencional como sus propios personajes de ficción. Una de sus fobias —reconocidas por él mismo— era la de viajar, una actividad que no le importaba decir que detestaba, especialmente, si se tenía que utilizar el avión. Aferrado a su tierra de adopción, los Estados Unidos de América, desde su llegada en 1923, Asimov tardó cuarenta y nueve años más en pisar suelo europeo, suelo inglés para más señas, y lógicamente lo hizo navegando en barco. La suya era una notable resistencia a viajar que era muy poco frecuente en el colectivo judío al que él pertenecía. Este aspecto de su personalidad le sirve a Asimov para posicionarse en un asunto delicado tirando a espinoso como era —y sigue siendo— el de la histórica confrontación árabe-israelí y, de manera más amplia, el del sentimiento de pertenencia a un lugar, a una cultura o a una nación. Asimov, persona sin pelos en la lengua, lúcida en la elaboración de sus argumentos y en la defensa de los mismos con lógica casi científica pero enriquecida con una hábil y sutil ironía, hombre de fuertes principios éticos y, por encima de todo, profundamente coherente con su visión del mundo a una escala macroscópica, no tiene el más mínimo problema para embarcarse en un asunto de los que llamaríamos políticamente incorrectos, sin necesidad de emplear un lenguaje crispado. Por el contrario, la prosa sencilla y honesta de Asimov se basta y se sobra para cimentar su opinión con contundencia.

He querido aquí y ahora transcribir textualmente las reflexiones de Isaac Asimov sobre este asunto, por dos motivos. En primer lugar, porque mientras leía esas páginas no podía evitar sentirme muy cómodo con la visión que Asimov me trasladaba. Recuerdo que en el año 2000 escribí un artículo titulado [\*La Aldea Humana\*](#) en el que me atreví a zambullirme en el terreno de la pura utopía —porque no es otra cosa lo que se hace cuando uno pretende imaginar que este mundo puede algún día llegar a diluir las fronteras territoriales y mentales que lo infestan y evolucionar hacia una idea de pertenencia a un hogar común—. Decía allí que el espacio es algo más que nuestra última frontera, es *‘nuestra única frontera’*. Y añadía, con esa mezcla de inocencia e idealismo incorregible que no he logrado quitarme de encima: *‘Abrigo la esperanza de que nuestros hijos, las futuras generaciones que heredarán tanto*

*nuestras obras como sus consecuencias, participen también de ese sentimiento. Tal vez así puedan mejorarlas. No más países, no más fronteras. Un único hogar, compartido por todos, sin distinción de color, credo o ideología. Tan sólo la Aldea Global y, en el mejor sentido de la palabra, Humana'. Puro idealismo, pura ciencia-ficción, sin pretender ponerme a la altura de los maestros, naturalmente.*

Y, en segundo lugar, porque los comentarios de Asimov acerca de un hecho histórico concreto como fue la creación del estado de Israel, contenían principios generales de amplio espectro, muy didácticos y muy válidos, desde mi punto de vista, para enfocar la mira con que observamos el presente y que, además, creo que son particularmente pertinentes en el contexto de tantos y tan cruentos conflictos territoriales que siguen ardiendo en medio mundo, y de tantas y tan viscerales resistencias de los Estados-Nación de nuestra vieja Europa occidental —y de la menos vieja Europa del Este— a ceder sus soberanías —más ilusorias que reales— y facilitar una evolución firme hacia una unión política plena, de naturaleza necesariamente federal si lo que queremos es garantizar un equilibrio entre el respeto a las especificidades de colectivos diferentes y la eficiencia en la gestión de los intereses comunes. Dicho sea de paso y pensando a la vez en el corto y en largo plazo, creo que esta fórmula sirve con igual fuerza a una escala nacional para articular la convivencia entre sus varias comunidades —corto plazo— que a una escala europea —medio plazo— o mundial —largo, larguísimo plazo—.

Así es como Asimov se expresaba en aquel pasaje de sus **Memorias**:

***Llegar a Israel sin subir a un avión es un asunto demasiado complicado. Tendría que ir en barco y en tren y estoy seguro de que me llevaría más tiempo del que dispongo y sería mucho más complicado de lo que podría soportar.***

***Por tanto, suponen que, si no voy o no puedo ir, como soy judío, debo tener el corazón destrozado, porque tengo que visitar Israel. Pues no.***

***En realidad no soy sionista. No creo que los judíos tengan el derecho ancestral de ocupar una tierra sólo porque sus antepasados vivieron allí hace mil novecientos años. (Este tipo de razonamiento nos obligaría a entregar a América del Norte y del Sur a los indios, y Australia y Nueva Zelanda a los aborígenes y maoríes). Tampoco considero válidas legalmente las promesas bíblicas hechas por Dios de que la tierra de Canaán pertenecería para siempre a los hijos de Israel. (Sobre todo, porque la Biblia fue escrita por los hijos de Israel).***

***Cuando se fundó el Estado de Israel, en 1948, todos mis amigos judíos estaban felices; yo fui el aguafiestas. Les advertí:***

***—Estamos construyendo un gueto nosotros mismos. Estaremos rodeados por decenas de millones de musulmanes que nunca perdonarán, nunca olvidarán y nunca desaparecerán.***

***Estaba en lo cierto, sobre todo cuando resultó que los árabes estaban asentados en la mayor parte de los abastecimientos petrolíferos del mundo. Así que las naciones del mundo, que necesitaban el petróleo, pensaron que era diplomático ser proárabe. (Si el tema de las reservas petrolíferas se hubiese conocido antes, estoy convencido de que Israel no se habría creado).***

***Pero ¿no merecemos los judíos una patria? En realidad, creo que a ningún grupo humano le conviene pertenecer a una “patria” en el sentido habitual de la palabra.***

***La Tierra no debería estar dividida en cientos de secciones diferentes, cada una habitada por un solo segmento autodefinido de la humanidad que considera que su propio bienestar y su propia “seguridad nacional” están por encima de cualquier otra consideración.***

***Soy partidario de la diversidad cultural y me gustaría que cada grupo identificable valorara su patrimonio cultural. Por ejemplo, yo soy un patriota de Nueva York y si viviera en Los Ángeles me encantaría reunirme con otros neoyorquinos expatriados y cantar Give My Regards to Broadway.***

***No obstante, este tipo de sentimientos deben ser culturales y benignos. Estoy en contra de ello si cada grupo desprecia a los demás y aspira a destruirlos. Estoy en contra de dar armas a cada pequeño grupo autodefinido con las que reforzar su propio orgullo y sus prejuicios.***

***La Tierra se enfrenta en la actualidad a problemas medioambientales que amenazan con la inminente destrucción de la civilización y con el final del planeta como un lugar habitable. La humanidad no se puede permitir desperdiciar sus recursos financieros y emocionales en peleas interminables y sin sentido entre los diversos grupos. Debe haber un sentido de lo global en el que todo el mundo se una para resolver los problemas reales a los que nos enfrentamos todos.***

***¿Se puede hacer esto? La pregunta equivale a: ¿puede sobrevivir la humanidad?***

***Por tanto, no soy un sionista porque no creo en las naciones y porque los sionistas lo único que hacen es crear una nación más para dar lugar a más conflictos. Crean su nación para tener “derechos”, “exigencias” y “seguridad nacional” y para sentir que deben protegerla de sus vecinos.***

***¡No hay naciones! Sólo existe la humanidad. Y si no llegamos a esto pronto, las naciones desaparecerán, porque no existirá la humanidad.***

Palabra de Asimov. Palabras de un visionario, escritas en 1992, hace casi un cuarto de siglo. Cuando echo un vistazo, con el conocimiento actual, a las naciones que componen este rompecabezas político en el que hemos convertido el planeta, naciones pequeñas o grandes, naciones potentes o impotentes, naciones ricas o pobres, naciones agresivas o pacíficas, naciones dominantes o dominadas, naciones reconocidas o ignoradas, naciones existentes o naciones aspirantes, cuando pienso en todas ellas, sin distinción, me pregunto si los actos que han protagonizado, activa o pasivamente, sus sociedades y los líderes que las representan, durante este intervalo de tiempo han sido actos que nos acercan a la ***Aldea Humana*** en que unos pocos humanistas siguen confiando nuestras posibilidades de sobrevivir como especie. Mi respuesta no puede ser más frustrante.

**Francisco J. Lozano**

20 Mayo 2015